

1 el desorden global

De Yugoslavia a Ucrania

Un nuevo orden mundial post 1989

Catherine Samary

Unos 25 años separan el desmantelamiento social y nacional de la Yugoslavia titista y la actual crisis ucraniana. El estallido de la federación yugoslava ocurría al mismo tiempo que el de la URSS, con la proclamación de la independencia ucraniana en 1991. Desde entonces, el orden mundial se ha transformado radicalmente y la Ucrania de 2014 no es la Yugoslavia de 1991. Sin embargo, los acontecimientos y significados implícitos de 1989, en el momento de inflexión de la unificación alemana, parecen resurgir con el revanchismo de Putin; al mismo tiempo, reaparece el síndrome de las violencias yugoslavas ante los dramáticos incidentes que empiezan a asolar Ucrania. Volver a este pasado/presente es tanto más necesario porque la izquierda antifascista e internacionalista se encuentra de nuevo dramáticamente dividida, como lo estuvo ante la guerra de la OTAN contra Slobodan Milosević en torno a Kosovo en 1999.

De las “revoluciones coloreadas” a los indignados, de derecha y de izquierda

En un mundo donde las etiquetas (socialistas, comunistas) están confundidas y las relaciones de fuerzas profundamente deterioradas para las clases dominadas, las explosiones sociales parecen producir variantes de “revoluciones arcoiris” (Cheterian, 2013), teatros de sombras con actores nacionales e internacionales sin alternativa progresista creíble, o incluso levantamientos de indignados, de derecha y de izquierda, provocando la caída de regímenes desacreditados sin ser capaces de transformar el orden social (Ivancheva, 2013).

Después de la caída de Slobodan Milosević en 2000, la “revolución naranja” ucraniana de 2005 formó parte de esas “revoluciones coloreadas” donde se combinaban levantamientos populares contra un régimen profundamente corrupto y enfrentamientos entre partidos en el poder y oposiciones con ocultas pero reales intervenciones occidentales por detrás (Chauvier, 2005; Genté y Rouy, 2005; Cheterian, 2013). En la Europa del Este, estas confrontaciones

“Nos encontramos con un nuevo orden mundial ‘multipolar’ en el que se integra Rusia frente a viejas potencias en crisis, y que contrasta con la de un Gorbachov al que todo se le escapaba”

suelen ser presentadas como la prolongación de viejos antagonismos entre Rusia/URSS y Occidente, o entre partidos “prorrusos” que apoyan regímenes corruptos y “prooccidentales” que defienden los “valores” occidentales. Esta lectura ha mostrado pronto sus límites, no solo con la crisis financiera y de la “democracia representativa” mundial, sino también en Ucrania después de 2005: las fronteras políticas y la corrupción que parecían distinguir los “campos” adversos aparecieron pronto porosas, con el ascenso de un descrédito generalizado de los partidos.

Paralelamente, siguiendo a estas “revoluciones coloreadas” y “guerras humanitarias” imperialistas, se ha desarrollado una percepción “conspirativa” de las grandes crisis del orden mundial, que niega las causas orgánicas de los levantamientos masivos y sus auténticas aspiraciones. Ahora bien, desde 2009, en diferentes contextos, hay una serie de explosiones sociales en Europa del Este y en los Balcanes que se inscriben en una nueva fase marcada por varios factores: la injusticia social, el desarrollo de las desigualdades y las dimensiones propiamente “criminales” de las privatizaciones generalizadas dominadas por los oligarcas y sus redes clientelares; la llegada a la escena política de nuevas generaciones, en particular estudiantes, confrontados al desempleo masivo y a la mercantilización de la educación y de la investigación; la acumulación de experiencias de alternancias políticas sin alternativa y de corrupción endémica de todos los partidos nacidos del pluralismo posterior a 1989; y, finalmente, el choque masivo de una segunda gran crisis económica que golpea a estos países, tras la de comienzos de la década de 1990 asociada a la destrucción del anterior sistema (Samary, 2010).

Pero no todos los países remaban en el mismo barco: el Estado ruso, dominado por las feudalidades oligárquicas en la década Yeltsin, ha conocido una nueva fase después de la crisis de pagos de 1998 y la llegada al poder de Putin. Este, tras someter a los oligarcas a su poder, ha instaurado a nivel interno y externo —de Chechenia a Georgia— un nuevo Estado fuerte capitalista que explota las contradicciones del mundo occidental (Samary, 2008)^{1/}. Ucrania ha sufrido el desmantelamiento de la industria soviética —sobre todo en sus regiones del este— y la URSS ha inspirado sentimientos totalmente polares de rechazo radical y de nostalgia. El nuevo Estado solo es independiente en sus fronteras actuales desde 1991. Pero se trata de un voto

^{1/} Artículo redactado después de la crisis georgiana del verano de 2008. Compara las políticas llevadas a cabo y los criterios de geometría variable adoptados en los Estados Unidos y en Rusia frente a la independencia del Kosovo o la de Abjasia

de autodeterminación masivamente apoyado en todas sus regiones (salvo en Crimea, que obtuvo un estatus específico en 1993). Desde entonces y hasta hace poco, no ha habido, ni siquiera en la actual crisis, ningún movimiento separatista². Ni siquiera la nostalgia de la URSS o la necesidad económica de relaciones con Rusia implican un poder de atracción del régimen de Putin. Tanto más por el hecho de que este ha hecho sufrir a la población —contra las orientaciones pro OTAN y hacia la UE después de 2005— varias “guerras del gas”. Y cuando Ianukovitch volvió al poder en 2010, a la cabeza del Partido de las Regiones, osciló entre ambos. Pero no hay actualmente ningún acuerdo en el seno de los Estados miembros de la UE para ofrecer a Ucrania un proyecto de adhesión, al contrario de lo que prometieron a los Balcanes del Oeste³ después de la guerra de la OTAN de 1999. Se trataba de un acuerdo de “libre cambio ampliado y completo”, lleno de reformas neoliberales radicales inquietantes, de las que la población de Maidan no tenía ninguna idea concreta. Ucrania, que no se había recuperado de un segundo gran choque económico en 2009, asociado a la retirada masiva de los fondos bancarios occidentales, se encontraba también enfrentada a unas “guerras del gas” impuestas por Rusia. Endeudada con esta principalmente, Ucrania estaba a finales de 2013 al borde de la suspensión de pagos y obligada a elegir entre el FMI y Rusia: el primero no aportaba su “ayuda” más que con la condición de aplicar reformas drásticas basadas en la reducción del gasto público y, sobre todo, las subvenciones dedicadas al precio de la energía pagado por las poblaciones y al apoyo a la industria ucraniana y lo que quedaba de sus minas. Putin, por su parte, proponía una rebaja de la tarifa de la energía, una reducción de la deuda y un préstamo sin condiciones, y amenazaba con bloquear determinadas exportaciones ucranianas y aumentar las tarifas energéticas en caso de firma del acuerdo con la UE. El presidente ucraniano había pedido, en vano, un encuentro tripartito (Rusia, Ucrania, UE) y una ayuda de 20 millones de dólares, en el caso de que firmara el acuerdo de asociación con la UE, para compensar las medidas de represalia rusas. Ante la negativa de la UE, el presidente Ianukovitch decidió en noviembre de 2013, sin consultar siquiera a su propio partido en el parlamento, no firmar el acuerdo de asociación

²/ Según una encuesta difundida por RTL internacional el sábado 19 de abril, el 69,7% de los encuestados de las regiones del sudeste se oponen a una anexión a Rusia, el 15,4% está a favor y el 12,5% no tiene opinión. En la región de Donetsk, el 41,1% se pronuncia a favor de una descentralización, el 38,4% por una Ucrania “federal” y el 10,6% por una *statu quo*. El 66,3% se opone a una intervención militar de Rusia y el 57,2% estima que los derechos de los rusófonos, que Vladimir Putin se ha comprometido a defender, no son pisoteados en Ucrania. Más del 70% de los habitantes encuestados consideran ilegítimo al presidente interino y al gobierno; pero Viktor Ianukovitch, hijo del país, solo es considerado como presidente legítimo por el 32,4% de los encuestados.

³/ Esta “categoría” geopolítica es utilizada por la UE para designar a los países balcánicos todavía no miembros, pero en negociaciones de adhesión: después de la adhesión de Croacia en julio de 2013, incluyen a Serbia y Kosovo, Montenegro, Bosnia-Herzegovina, Macedonia y Albania. Cf. sobre Samary, 2014.

que, sin embargo, estaba negociando con la UE desde hacía meses. Ese fue el punto de partida del movimiento llamado Maidan⁴.

Ese acuerdo era percibido como la antesala de una adhesión a la UE y esta era identificada y deseada por una parte de la población, que esperaba encontrar en ella una mejora de su nivel de vida y del Estado de derecho. Pero, más que la apuesta europea misma, lo que generó un movimiento de masas de varias decenas de miles e incluso centenares de miles de personas, fue el modo de funcionamiento del régimen oligárquico de Ianukovitch cada vez más presidencialista y corrupto, el temor de que un acercamiento a Moscú agravara esa deriva, y sobre todo la criminalización de los manifestantes por el proyecto de ley de mediados de febrero. Esos temas han desbordado las divisorias entre las regiones del oeste y el este. Otro punto común (negativo) fue la ausencia de movilización real de los trabajadores de las regiones del este y del sudeste, ni “pro” ni “contra” Maidan, a pesar de los llamamientos a la huelga en apoyo a Maidan del dirigente de la Confederación de Sindicatos Libres, próxima a Iulia Timochenko. Pero el movimiento, al instalarse de forma duradera en Maidan (la plaza) y en los edificios públicos, ha conocido muchos conatos de auto-organización en torno a múltiples debates. La brutalidad de los Berkuts — las fuerzas de seguridad del régimen — lo radicalizó, y dio peso a quienes organizaban la autodefensa, que formaban parte de extrema derecha.

Esto se hizo más evidente debido a que las corrientes que se reivindican de izquierda se mantuvieron divididas y por tanto débiles en el seno de Maidan, más allá incluso de la confusión de la etiqueta “izquierda”. Una parte escogió la exterioridad marcada por la hostilidad radical hacia un movimiento identificado con su temática inicial pro UE o con sus alas de derecha y de extrema derecha. Ante la masividad de un movimiento “indignado” desafiante hacia todos los partidos, las corrientes anarquistas y una pequeña Oposición de Izquierda marxista optaron por intervenir, a contracorriente en el plano ideológico, y a menudo agredidos por la extrema derecha, pero apoyándose en las energías sociales y democráticas del movimiento.

El pasado/presente del nuevo orden mundial

Las divisiones de la izquierda ante el movimiento social se combinan con distintos análisis del orden mundial. Nuevas realidades, cambiantes y no bien captadas, son aprehendidas por medio de criterios a veces obsoletos. El problema se plantea de forma crucial ante la nueva confrontación Rusia/Occidente. El enfoque centrado contra el imperialismo occidental es permeable a las visiones conspirativas, teniendo en cuenta la presencia visible (o entre los

⁴/ Comparto en lo esencial el punto de vista de Zbigniew Kowalevski en “La primavera de los pueblos ha llegado a Europa”, pero pienso que identifica demasiado a Maidan con las apuestas europeas en relación al rechazo de la represión que unifica mucho más al país. Disponible en: www.vientosur.info/spip.php?article891

bastidores) de las múltiples ONG y el apoyo ostensible de potencias occidentales a Maidan. Emerge de nuevo un posicionamiento “campista” heredado del mundo bipolar y de su guerra fría antes de 1989 —el alineamiento en el “campo” supuestamente antiimperialista que toma tanta más fuerza cuando se reivindica un principio legítimo de lucha “contra su propio imperialismo”. ¿Es eso suficiente? La ausencia de crítica a la política del Kremlin para “no aullar junto a los lobos” imperialistas ya era cuestionable antes de 1989: el rechazo del burocratismo y de los crímenes cometidos en nombre del socialismo debía además ir acompañado de debates esenciales sobre las cuestiones nacionales y el conjunto de relaciones de opresión. Pero el final de la URSS y de las dictaduras de partido único que reinaban en nombre de los trabajadores introducía otro contexto en el que entraban en juego grandes transformaciones, sin precedentes históricos.

A diferencia de la guerra de la OTAN en 1999 contra Milosević, legitimada en la defensa de los albaneses de Kosovo, lo que estaba en juego principalmente variaba según la cuestión planteada: en el plano internacional no era el poder serbio el amenazante, sino la OTAN y un imperialismo que se dotaba de todos los derechos de intervención “humanitaria”, donde y cuando quería establecer su hegemonía y eso había que combatirlo. Pero en el contexto de toda la crisis yugoslava de los años 80-90 y de la construcción de una alternativa progresista, la crítica de la política llevada por Milosević, bajo la etiqueta “socialista”, era esencial y planteaba cuestiones mucho más dramáticas y duraderas para la izquierda que la intervención de la OTAN. En fin, lejos de un simple “ni, ni”, cuando el pretexto de la guerra de la OTAN era Kosovo, era importante no asimilar un conflicto nacional no resuelto con una simple manipulación imperialista.

La crisis ucraniana se inscribe en un orden mundial diferente, pero con Putin a la cabeza de una muy real gran potencia regional capitalista y militar, más amenazante para sus vecinos de lo que fue el mutante Milosević, aunque combatamos las posturas “antirrusas”, como ayer las “antiserbias”. Al igual que Milosević se había reconciliado con el pasado pretitista en sus referencias y alianzas, el restablecimiento de la potencia rusa bajo Putin puede apoyarse en los nostálgicos de la “Gran Rusia” zarista, de la URSS estalinizada y después “humillada”, en fin, en la “modernidad” de proyectos capitalistas que pretenden rivalizar, al igual que China, en “competitividad”, sobre las espaldas de los trabajadores.

La anexión de Crimea —y su “referéndum” bajo despliegue militar— ha sido como una “síntesis” que marca el poder de una antigua y nueva gran potencia en la escena internacional. Putin se ha “agarrado” a ella no para proteger a poblaciones amenazadas —no lo eran— sino para consolidar su popularidad a base de una ideología “gran-rusa” que debe ayudar a contrarrestar o a amordazar la contestación social y política de su propio régimen (los

“Pero no podemos situarnos a la izquierda y quedarnos en la esfera de las relaciones entre grandes potencias, aunque sea importante mostrar los rostros oscuros e hipócritas”

símbolos dominantes en las manifestaciones del Primero de Mayo de 2014 están muy alejados de los tradicionales temas sociales todavía presentes en 2013). En cuanto al plano internacional, se trataba de una partida de ajedrez en la que no se sabe todavía cuál será el próximo peón, ni tampoco si controla todos los peones (en el terreno). Con el tema de la “federalización” de Ucrania se perfila un nuevo Yalta de “esferas de influencia” entre grandes potencias, sin que sea necesario (ni tampoco excluido) ampliar el territorio de la Federación de Rusia. Pero siendo demasiado agre-

sivo, Putin juega también contra su propio proyecto eurasiático (previsto para 2015): Azerbaiyán se ha unido a la denuncia del golpe de fuerza en Crimea.

Nos encontramos con un nuevo orden mundial “multipolar” en el que se integra Rusia frente a viejas potencias en crisis, y que contrasta con la de un Gorbachov al que todo se le escapaba, tanto en el plano interno como en sus negociaciones con Alemania en 1989. El antiguo promotor del “desenganche soviético” que debía acompañar a una *Perestroika* (reestructuración interior) en el callejón sin salida de finales de los años 80, ha apoyado el golpe de fuerza de Putin en Crimea como una revancha histórica. Y si hay una parte significativa de la clase política alemana que muestra una “comprensión” particular del punto de vista de Rusia, se debe a diversos “argumentos”: los de la economía —además de la dependencia de Alemania respecto al gas ruso que cubre el 40% de sus necesidades, una parte del mundo de los negocios alemán está integrada en el de Rusia— se simbolizan en Gérard Schröder, cuya amistad con Putin va a la par con la que tiene con Gazprom.

Pero con estos factores económicos se mezcla una especie de retorno a las relaciones entre grandes potencias, esenciales en las ambigüedades de las “revoluciones” de 1989 (Samary, 2013) y su evolución desde entonces. La caída del Muro fue aceptada por Moscú, cuya no intervención selló el final del reino de los partidos únicos en el Este, sin expresión política y social autónoma de los trabajadores. La apertura de los archivos después de 2009 muestra la colosal distancia entre lo que fue la unificación alemana y “la Casa Común” europea deseada por Gorbachov (Miterrand, 2007) con disolución del Pacto de Varsovia y de la OTAN. Pero la unificación alemana, tal como se puso en práctica (de la Motte, 2009), inquietaba a François Mitterrand y Margaret Thatcher. El primero fomentó la integración de Alemania en el proyecto de Unión Económica y Monetaria (UEM): la renuncia al DM [Marco alemán] era la prioridad que pesaba profundamente en la negociación de los acuerdos de Maastricht. Pero para la Dama de hierro, como para los Estados Unidos, “contener” a la Alemania unificada era incorporarla a la OTAN. El mantenimiento,

y después la ampliación, de esta última hacia el Este contradecían las promesas hechas a Gorbachov.

Un mundo multipolar, sin alternativas progresistas

Rusia se permite hacer hoy en día lo que otros han practicado sin escrúpulos: la falta de respeto a sus compromisos. El discurso de Gregor Gysi en marzo pasado, en nombre del grupo parlamentario de Die Linke ante el Bundestag, nos devuelve a ese pasado/presente⁵.

Pero no podemos situarnos a la izquierda y quedarnos en la esfera de las relaciones entre grandes potencias, aunque sea importante mostrar los rostros oscuros e hipócritas. Por una parte, hay que analizar sin complacencia, desde Rusia a los Balcanes pasando por Ucrania, el desastre social de las privatizaciones forzosas y los nuevos ataques sociales que “se aprovechan” de la crisis⁶. El clima de guerra y las propagandas que lo rodean corrompen estos retos reales, que se traducen en los avances del FMI en Ucrania (Duval, 2014).

La emergencia de la potencia china, el restablecimiento de la Rusia de Putin y globalmente el peso de los BRICS, pesan de manera muy novedosa (Charasse, 2014) en la geopolítica mundial —no sin rivalidades interiores y grandes incertidumbres, pero sin ser progresistas—. La multipolaridad solo amplía los márgenes de resistencia contra los viejos imperialismos dominantes o contra las políticas impuestas por el FMI y el Banco Mundial. Durante la cumbre de los BRICS en Brasil, el próximo julio, podría tomar forma un Banco de Desarrollo de este grupo. Y se esfuerzan por obtener que los Estados Unidos ratifiquen el nuevo reparto de derechos de voto en el FMI y el Banco Mundial, dirigido a un “orden mundial más equitativo”.

A finales de marzo de 2014, los dirigentes de los BRICS dieron a conocer, como reacción a un comunicado del G7, su oposición a cualquier medida que pretenda aislar a Rusia. Vladimir Putin tuvo que dirigirse a China con el objetivo de firmar un acuerdo energético cuyas transacciones ya no se harían en dólares, sino en las monedas nacionales de los dos países —lo que tendrá importancia en el mercado mundial—. Ambos países se preparan también para firmar un acuerdo de colaboración industrial para la fabricación del caza Soukhoi 25.

Pero China, codiciosa, hace fuego con todas las maderas. El llamado presidente “prorruso” Ianukovitch pretendió con China equilibrar su doble dependencia respecto a Rusia y la UE (Samary, 2014b). Y más allá de las rivalidades, se han creado nuevas dependencias recíprocas entre antiguas y nuevas potencias y nuevos conflictos de intereses (Wallerstein, 2014). Por eso las sanciones contra la Rusia de Putin dividen al mundo de los negocios y a los políticos

⁵/ Cf. Gregor Gysi en Youtube: www.youtube.com/watch?v=ezEjykTJjVk.

⁶/ Cf. <http://csamary.free.fr>, artículos sobre la restauración capitalista.

occidentales. Los oligarcas rusos están omnipresentes en la City de Londres (Roche, 2014; Riols, 2014). Las sanciones y la imposición a Ucrania de una imposible elección entre UE y Unión aduanera rusa, producen un “castigo sado-masoquista” según la fórmula de Hubert Védrine (Charasse, 2014).

Volviendo a Ucrania

La “imposible elección” debe ser rechazada, al igual que los *diktats* del FMI. La retirada de las tropas rusas debería acompañar a la búsqueda del diálogo entre Kiev y las poblaciones de todas las regiones: la democracia de un verdadero proceso constituyente es contradictoria con las amenazas militares externas y propagandas falsas sobre un “gobierno fascista” que debería ser el primero en desmentir con su propio comportamiento.

Pero hay que clarificar las muertes de Maidan —que provocaron la caída del régimen— así como las de Odesa, presentadas por los “anti Maidan” como un “pogrom” fascista, un Oradour. Esta tesis acompaña la presentación del gobierno de Kiev como “nazi” y se ha convertido en el centro de la intervención rusa en Crimea y de un referéndum precipitado, bajo masiva presencia militar “para proteger” a los rusos de un “regreso de los nazis”. Se inserta en un discurso mantenido por corrientes separatistas en el Donbas que recuerdan —con Putin— que el sudeste ucraniano era ruso en tiempos de los Zares. Esta lógica instrumentaliza las desconfianzas populares hacia Kiev al mismo tiempo que los autoproclamados dirigentes de las “repúblicas” imponen su punto de vista e interpretaciones de los pseudo “referendos”, en lugar de permitir una consulta democrática a las poblaciones y de “representar” a estas.

El gobierno provisional no es Maidan —que desconfiaba de los partidos en el poder—. Este gobierno no es un “putsch fascista” —aunque incluya ministros fascistas—: es neoliberal y muy poco legítimo, no solo en la parte del país que se sitúa entre los “anti” sino también en la de los “pro” Maidan. La prueba está en los ridículos resultados que se prevén para los candidatos liberales o fascistas en las próximas elecciones presidenciales del 25 de mayo “[previsiones confirmadas tras la celebración de las elecciones, NDE]”. Estas elecciones no pueden consolidar al país, si bien parecen necesarias para pasar a otra etapa.

La crisis del régimen ha dividido a todo el aparato del poder, con los oligarcas cambiando de barco, en diversos sentidos, como los diputados, los policías o una parte del ejército. Las milicias “prorrusas” son heterogéneas pero tienen una estructura social análoga a la de Pravyi Sektor; y las fuerzas reaccionarias tanto “anti Ucrania” como “antirrusas” deben ser combatidas mediante frentes antifascistas.

Es urgente una apropiación directa de sus derechos —sociales y nacionales— por la población ucraniana, y en particular por los trabajadores que se encuentran al margen de los conflictos, contra toda instrumentalización y relación de dominación interna y externa.

Traducción: VIENTO SUR

Bibliografía citada

- Charasse, P. (2014) “La crise ukrainienne accélère la recomposition du monde”. *Mémoire des luttes*. Disponible en: <http://www.medelu.org/La-crise-ukrainienne-accelere-la>.
- Chauvier, J. M. (2005) “Les multiples pièces de l'échiquier ukrainien”. *Le Monde Diplomatique*. Disponible en: <http://www.monde-diplomatique.fr/2005/01/CHAUVIER/11836>.
- Cheterian, V. (2013) *From Perestroika to Rainbow Revolutions*. Londres: Hurst & Co Publishers Ltd.
- Duval, J. (2014) “Le FMI poursuit sa route en Ukraine”. CADTM. Disponible en: <http://cadtm.org/Le-FMI-activement-present-en>.
- Genté, R. y Rouy, L. (2005) “Dans l'ombre des révolutions spontanées”. *Le Monde Diplomatique*. Disponible en: <http://www.monde-diplomatique.fr/2005/01/GENTE/11838>.
- Ivancheva, M. (2013) “Un cercle vicieux? Quelques remarques sur les mobilisations bulgares de l'été 2013”. *Europe Solidaire Sans Frontières*, art. 30052, junio. Disponible en: http://www.europe-solidaire.org/spip.php?page=article_impr&id_article=30052
- Mitterrand, F. (2007) “Gorbatchev et la ‘Maison Commune Européenne’”. Disponible en: <http://www.mitterrand.org/Gorbatchev-et-la-Maison-Commune.html#nb18>.
- Motte, B. de la (2009) “East Germans lost much in 1989”. *The Guardian* 8/11/2009. Disponible en: <http://www.theguardian.com/commentisfree/2009/nov/08/1989-berlin-wall>.
- Riols, Y-M (2014) “Ukraine : les sanctions contre la Russie divisent les Occidentaux”. *Le Monde* 28/4/2014. Disponible en: http://www.lemonde.fr/international/article/2014/04/28/ukraine-les-sanctions-contre-la-russie-divisent-les-occidentaux_4408329_3210.html
- Roche, M. (2014): “Les oligarques russes menacés, la City tremble”. *Le Monde* 25/3/2014. Disponible en: http://www.lemonde.fr/economie/article/2014/03/25/la-city-tremble-au-son-du-canon-russe_4389121_3234.html
- Samary (2008) “Géorgie: du Caucase aux Balkans, un ordre mondial instable”. *Europe Solidaire Sans Frontières*. Disponible en: <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article11310>. En español en VIENTO SUR: <http://www.vientosur.info/spip.php?article612>.
- (2010) “L'Europe de l'Est à l'épreuve des crises de système”. Disponible en: <http://npa2009.org/content/1%E2%80%99europe-de-1%E2%80%99est-%C3%A0-1%E2%80%99%C3%A9preuve-des-criSES-de-syst%C3%A8me>.
- (2013) “East Europe: Revisiting 1989's Ambiguous Revolutions”. En V. Cheterian (ed.) *From Perestroika to Rainbow Revolution*. Londres: Ed., C Hurst & Co Publishers Ltd. Disponible en: <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article29663>.
- (2014) “Les Balkans occidentaux”. *Europe Solidaire Sans Frontières*. Disponible en: <http://www.europe-solidaire.org/spip.php?article30864>.
- (2014b) “La société ukrainienne entre ses oligarques et sa Troïka”. Disponible en: <http://france.attac.org/nos-publications/les-possibles/numero-2-hiver-2013-2014/dossier-europe/article/la-societe-ukrainienne-entre-ses>
- Wallerstein, I. (2014): “La géopolitique du schisme ukrainien”. *Histoire et société*. Disponible en: <http://histoireetsociete.wordpress.com/2014/03/13/la-geopolitique-du-schisme-ukrainien-par-immanuel-wallerstein/>